

A.C.N. DE P.

AÑO XXXI

1-15 febrero 1956

NUMS. 580-581

Ignacio de Loyola

CELEBRA la Iglesia en los momentos actuales el cuarto centenario de la muerte de San Ignacio de Loyola. Con este motivo se multiplican y reproducen ciclos de conferencias, artículos y manifestaciones de devoción hacia el santo.

La figura de San Ignacio trasciende realmente de una pura consideración ocasional y pasajera. Su dimensión dentro de la Iglesia y, concretamente, para nosotros, españoles, es de un significado tan profundo y amplio a un tiempo que no basta con parar mientes de modo transitorio en cuanto de enseñanza encierra su vida y su obra, sino que hay que estar a la asimilación constante de todo cuanto su existencia ha significado para el porvenir de la Iglesia.

Nuestro Boletín, que ya en su número anterior reprodujo una conferencia del Presidente de la Asociación sobre la figura de San Ignacio, le dedica hoy la reproducción de cuatro documentos que juzgamos importantísimos tanto por la significación de sus autores como por el contenido y la orientación de los mismos. Queremos de esta forma testimoniar, una vez más, la fidelidad y el modo de sentir de nuestra conciencia apostólica y mostrar así la admiración que sentimos por quien se incorporó a las tareas de expansión apostólica dentro de la Iglesia con un vigor y una fuerza realmente únicos y excepcionales.

Como señala el Obispo de Málaga, San Ignacio de Loyola sigue siendo hoy, como siempre, luz del hombre moderno y medicina de una sociedad que dista mucho, ciertamente, de haber entendido en toda su plenitud el nivel de exigencias que para una dedicación abiertamente apostólica la crisis de nuestros días reclama.

La línea de San Ignacio de Loyola es línea de rectitud y de esperanza en orden a una efectiva cristianización de ambientes y sectores que reclaman hoy la donación total de unas energías apostólicas.

SAN IGNACIO DE LOYOLA, LUZ DEL HOMBRE MODERNO Y MEDICINA DE LA SOCIEDAD ACTUAL (*)

HOY llegará a Málaga la reliquia de San Ignacio de Loyola. Las autoridades y el pueblo se disponen a recibirla con reverencia, devoción y amor. Y con justicia le tributaremos el homenaje.

Porque San Ignacio es la más genuina expresión de nuestro carácter nacional. Menéndez y Pelayo, cuyo aniversario celebramos también este año, al sintetizar las características del alma y los timbres de gloria de España, puso entre ellos el ser "cuna de San Ignacio", único nombre personal que figura en la enumeración elocuente.

De justicia es, pues, agradecer a la autoridad civil que, interpretando el sentir popular, haya dado al centenario carácter oficial y concedido a la sagrada reliquia los correspondientes honores.

Pero yo debo hablaros del Santo. Deciros algunas palabras sobre esta figura colosal, que tanto ha influido en la Iglesia durante los cuatro últimos siglos.

San Ignacio, varón de amores. Reivindicación del Santo

QUE varón espiritual podrá decir que no lleva en su alma una parte del alma de San Ignacio? ¿Cuántos, gracias a él, han conocido y servido mejor a Jesucristo, después de haberse arrepentido sinceramente de su vida pecadora!

Y, sin embargo, San Ignacio, aun para muchos católicos, es un gran desconocido. Una falsa caricatura del fundador circula por el mundo. Hay quien no le regatea sobrehumana energía de voluntad y genio organizador, pero le tacha de rígido, seco, poco humano y hasta falto de corazón.

De este aspecto del Santo quiero hablaros, que otros os son ya más familiares.

Quien diga que en San Ignacio el corazón no estuvo a la altura de su cabeza, no conoce al Santo.

Un santo sin corazón es un contrasentido. Es una proposición absurda, porque agrupa dos términos contradictorios. La santidad es amor. Es más santo el que más ama a Dios y a sus hermanos.

"A fortiori" hay que aplicar este discurso a los santos fundadores, que merecen por título singularísimo el nombre de padres. Y el amor de padre es el mayor que existe sobre la tierra.

Todos los fundadores pueden repetir las tiernas palabras de San Pablo: "Hi-

jitos míos, que de nuevo os engendro hasta que Cristo os forme en vosotros" (Gál. 4).

Y con San Pablo pueden desafiar a todos sus émulos o detractores, presentándoles los títulos de embajadores del Dios del amor no en credenciales escritas con tinta sobre pergaminos o labradas en piedra, sino esculpidas con cincel candente en el corazón de sus hijos (II Cor. 3).

En cuántos corazones no logró San Ignacio el triunfo del amor sobre la sensualidad y el espíritu del mundo.

La vida de Ignacio confirma el aserto. Antes de ser santo, en el orden puramente humano, resplandece ya esta cualidad en su riquísima naturaleza.

Ífigo de Loyola puede ser definido como un caballero enamorado. Si pensó en hazañas militares no fué poniendo el término de su ambición en el honor humano o las riquezas, sino, cual otro Quijote, en depositar los laureles de su gloria a los pies de una dama.

Durante las largas horas de su forzada quietud en Loyola, mientras curaba su pierna, le asaltaban estos pensamientos mundanos, y él confiesa que pasaba horas enteras, tres o cuatro, pensando en las hazañas que había de realizar para ofrecérselas a la altísima señora, que era entonces dueña de sus pensamientos.

La gracia no destruye la naturaleza: la perfecciona y eleva. Y el corazón amante de Ignacio se perfecciona y afina con la santidad hasta adquirir rasgos, a veces, más que paternos, maternales.

Gestos como el de arrojar al estanque en invierno para contener al caballo que iba directo a la casa del pecado, o de caminar sin comer tres días para visitar al amigo enfermo, son concluyentes por lo heroicos.

Mas quizá les aventaje en delicadeza maternal aquella acción de París cuando Ignacio recorría los puestos de los mercados en busca de fruta y viandas para Pedro Fabro, que, bajo su dirección, practicaba los ejercicios de mes en una tejavana, a orillas del Sena. El Santo mismo cocinaba y le preparaba la mesa.

Se descubre el amor del Santo a sus hijos en las Cartas. ¿Se puede vestir el puro amor espiritual de frases más dulces que las empleadas por San Ignacio en su correspondencia con San Francisco Javier? Amor expresado acaso a veces en forma imperativa y seca. Mas verdadero amor de padre. Forma ésta

(*) Carta pastoral del excelentísimo y reverendísimo señor don Angel Herrera, Obispo de Málaga.

la más perfecta de amor en el gobernante. Pues con razón se ha dicho que todo gobierno humano, a semejanza del divino, debe ser paternalmente severo (León XIII).

¿Quién ha escrito a sus hijos cartas más severas que las del Apóstol San Pablo a los Gálatas o a los Corintios?

De la ternura de alma de San Ignacio es muestra evidente el don de lágrimas de que gozó en grado extraordinario. Don sobrenatural, sin duda. Pero la acción del espíritu perfecciona las dotes o cualidades naturales. Santa Teresa siempre habría escrito con insuperable elegancia, y San Juan de la Cruz siempre habría sido altísimo poeta, aunque ni una ni otro hubieran sido santos. Pero la influencia del divino espíritu, actuando sobre aquellas dos almas soberanas de artistas, produjo "Las Moradas" y el "Cántico espiritual".

El alma delicada de San Ignacio estaba singularmente dispuesta para el don de lágrimas. De ordinario las derramaba en la oración o en la santa misa; mas no debemos olvidar que la simple contemplación del cielo estrellado o las manifestaciones de la belleza natural hacían correr dulces lágrimas por sus mejillas.

Dios en las cosas: el sentimiento de la Naturaleza en San Ignacio

SAN Ignacio sintió profundamente la Naturaleza; pero la sintió a lo divino. Basta la lectura atenta del libro de los Ejercicios para confirmar lo dicho.

Tres son los textos que elegiré, sin pretender agotar la materia:

En el punto quinto de la meditación de los propios pecados, el Santo contempla todas las criaturas con "crecido afecto", "ángeles, santos, cielo, sol, luna, estrellas, y elementos, frutos, aves, peces y animales". Y los contempla amorosamente porque "han sufrido" al pecador, "le han guardado y rogado por él", y la tierra no se ha abierto para "sorberlo" (Núm. 60).

En un sentimiento de reconciliación plena con todos los seres, en el fondo de gran valor poético, porque da vida a los seres inanimados y se considera deudor a ellos, prorrumpe en exclamaciones de gratitud y gozo.

Otro texto de mayor precio es la meditación final de los Ejercicios: la contemplación para alcanzar amor.

Si el Principio y Fundamento describe oscurecamente en qué consiste el perfecto uso de las cosas, y el título de los Ejercicios reza friamente "para vencer a sí mismo y ordenar su vida sin moverse por afición alguna que desordenada sea", la contemplación para alcanzar amor ni es fría ni escueta y responde bien a su título. Es una página inflamada.

No está dictada por la austera razón. Es producto de "ojos del corazón iluminados" (Ef. 1) por el amor. La contemplación de las cosas es más profunda. No se ve en ellas un orden puramente externo. Se percibe su íntima significación y el valor divino que tiene toda criatura. "Que no hay criatura, por baja y vil que parezca—dice la "Imitación de Cristo"—, que no sea un reflejo de la bondad, de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios."

Y no sólo son amigas de los hombres, sino que le aman e invitan al hombre a que vea en ellas al Señor, y con ellas y por ellas suba hasta el Señor mismo, que en todas las cosas se oculta "dando ser, sensando, animando, dando entender".

"Dios trabaja y labora por mí en

todas las cosas creadas sobre la haz de la tierra", dice el Santo.

El grado de contemplación amorosa del mundo a que impulsa al ejercitante lo gozó el Santo de modo perfecto. Y consta en el tercer texto que deseo transcribir. Son unas palabras de las reglas de la primera semana. Y dice así: "Viene la ánima a inflamarse en amor de su Criador y Señor, y consecuentemente cuando ninguna cosa criada sobre la haz de la tierra puede amar en sí, sino en el Criador de todas ellas." Bien se advierte que habla por conocimiento experimental.

No hay discurso ni raciocinio. Hay una honda intuición de los seres, que directamente descubre en ellos al Señor. Y ya no los puede amar en sí. Los ama a todos en su Criador y Señor. ¿Penetró más San Francisco en la contemplación de la naturaleza?

Aunque expresado en forma más poética, no es otro el pensamiento de San Juan de la Cruz.

"Y todos cuantos vagan—de ti me van mil gracias refiriendo."

Maestro del verdadero amor al prójimo

POR estas páginas intuiremos algo de lo que es el amor espiritual con que los santos amaron en la tierra. Es un anticipo del amor de la gloria. Aman en Dios a todos los seres, incluso a los más queridos por la ley de la naturaleza. No se destruye el amor natural; se eleva.

Tal es el amor en Cristo, como nos lo enseñó San Pablo. Las mismas palabras "padre", "madre", "hermanos", ganan nuevo valor y significación más alta. Valor que nunca podrán comprender los que aman con puro amor natural, aunque sea ordenado. Que tal vez escandalizará a almas buenas, pero infantiles en las vías del espíritu, porque le juzgarán despiadado.

Pero los maestros de la vida espiritual disertaron largamente de él. Qué robusta la frase de Juan de Avila ha blando de los hijos espirituales. Que el Padre que los engendra, dice, debiera tener dos corazones, uno de hierro y otro de carne. De carne para engendrar hijos según el amor de Dios. De hierro para resistir los golpes que recibe cuando los hijos engendrados decaen de la virtud.

Y San Juan de la Cruz... Y Santa Teresa... Cedamos la palabra a la Santa.

"¿Pareceros ha que estos tales no quieren a nadie, ni saben, sino a Dios? Mucho más, y con verdadero amor, y con más pasión y más provechoso amor; en fin, es amor. Y estas tales almas son siempre aficionadas a dar mucho más que no a recibir; aun con el mismo Criador las acontece esto. Digo que merec este nombre de amor, que otras afecciones bajas le tienen usurpado el nombre" ("Camino de Perfección", capítulo VI, 7).

"Esta es voluntad y no estos quere-res de por acá desastrados, aun no digo los malos, que de esos Dios nos libre" (Idem, cap. VII, 1).

Responden estas observaciones a la infundada objeción de los que estiman duras, o al menos fuera de época, ciertas fórmulas que el Santo estampó en las constituciones. "Yo tenía un padre, o una madre, o un hermano." Es puro lenguaje espiritual, que lleva implícita una forma de amor más pura, elevada y perfecta; más celestial y divina. No son, al fin, tales términos o modos de

hablar sino eco de la sentencia del Señor: "Yo no tengo otro padre, ni madre, ni hermano que los que hacen la voluntad de mi padre celestial."

San Ignacio es tan grande por su corazón como por su entendimiento.

Aplicable es a San Ignacio la consideración que un autor extranjero hace de otra gran figura española: Isabel la Católica.

Hay historiadores ingleses, dice Prescott, que al cotejar a las dos Isabelas, a la de Castilla y la de Inglaterra, dan la palma de las virtudes femeninas a la reina castellana, pero consideran, sin excesivo fundamento, de un talento superior a la británica.

"El genio varonil de la reina inglesa aparece más relevante de lo que naturalmente era, por lo mismo que carecía de las dulces cualidades de su sexo, el de su rival, por el contrario, a manera de una fábrica grande, pero simétrica, pierde en apariencia algo de su verdadera grandeza, por la misma perfección de armonía de sus perfecciones" (Prescott: "Historia del reinado de los Reyes Católicos". Madrid, 1855, pág. 343, primera col.).

De San Ignacio podría decirse lo mismo. Su talento estuvo a la altura de su corazón. Su genio organizador, al de su ternura paternal. Pero su misión histórica fué de gobernante y ordenador de las actividades humanas. Pues qué, ¿no coincidieron Santa Teresa y la reina Isabel en mostrarse, como gobernantes, más bien inclinadas a procedimientos de rigor?

San Ignacio y su Compañía de Jesús

VIENE, queridos hijos, a visitaros la reliquia de San Ignacio. Preciadísimo mensaje: mas os parecerá pequeño para lo que deseáis. Vosotros queríais ver al Santo en persona.

A lo cual podría contestaros con aquellas palabras de fray Luis de León en su famosa carta-prólogo a las obras de Santa Teresa: "Yo no conocí ni vi a la Madre Teresa de Jesús mientras vivió en la tierra, más ahora que está en el cielo a diario la veo en dos claras muestras que nos dejó de sí, que son sus hijas y sus obras."

También nosotros podemos decir que el espíritu del Santo se conserva en el "Diario Espiritual", en la "Vida", escrita por él mismo; en sus "Cartas", en las "Constituciones" y, particularmente, en el "Libro de los Ejercicios".

Lo vemos también a diario en sus hijos, y muchos de vosotros sus hijos os lo han transmitido.

Comprendéis que no es este lugar para hacer un elogio adecuado de la Compañía de Jesús. Si por los frutos se conoce al árbol, ¿quién podrá ponderar la calidad de la Compañía? ¿Qué asociación humana ha tenido—como dice un autor moderno (Pastor)—una fuerza expansiva y penetrante comparable? Durante más de cuatro siglos se ha mostrado fecundísima en todas las latitudes del globo, y en los campos más variados de la actividad humana, y en gentes de toda condición, edad, cultura y posición social.

Y si quisiera adornar estas líneas con textos autorizados de Pontífices, de Santos, de hombres eminentes en todos los órdenes, ¿cuántos no podría alegar? Sería tarea tan larga y prolija como innecesaria.

Si reduciéndonos a España requiera el aval de autores de primer orden,

hablarían entre los clásicos Santa Teresa y Beato Avila, y entre los modernos, Menéndez Pelayo.

Devotísimo fué este gran polígrafo de la Compañía, siempre dentro de la verdad y de la justicia, lema a que fué cada día más fiel el insigne montañés. Un libro entero se ha hecho sobre "Menéndez Pelayo y la Compañía".

Permitidme que a título de homenaje a mis queridos maestros de Valladolid y Deusto, y a los directores de las Congregaciones de Santander y Madrid, reproduzca lo que de los jesuitas educadores dijo Cervantes.

Se lee en el "Diálogo de los perros", Berganza, sentado en cuclillas a la puerta del aula, mirando de hito en hito al maestro, que en la cátedra de los "Estudios de la Compañía" leía dice:

"No sé qué tiene la virtud, que con alcanzárseme a mí tan poco o nada de ella, luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban a aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tornasen mal siniestro en el camino de la virtud que juntamente con las letras les mostraban. Consideraba cómo los reñía con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura; y, finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que, aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados."

Luz del hombre moderno

VOLVIENDO a San Ignacio, bien podemos decir de él que es santo del día. Hombre de nuestra época y para nuestra época. El conoció y aplicó, acaso como nadie en la historia, la medicina que necesita la sociedad del siglo XX. Porque el mal del mundo entero es la falta de vida interior. Pío XI lo diagnosticó tomando palabras de Jeremías (12,2): "nemo est qui recogit corde". Y por eso "desolatione desolata est terra".

No hay hombre sobre la tierra. Hay "fantasmas de hombres" (Pío XII), ruinas morales por doquier. Destruído está el mundo interior por la abrumadora copia de impresiones que le asaltan por todos los sentidos. Las gentes de nuestra época tienen "despedazada el alma" (Santa Teresa), "el entendimiento partido en muchas cosas" (San Ignacio) por querer atender simultáneamente a los más variados negocios "no siempre bien ordenados" (San Ignacio).

Hay que restaurar, pues, la unidad interior. Inigo de Loyola lo consigue de los agitados y zarandeados hombres de nuestro tiempo, suspendiendo por ocho días la turbulenta vida exterior para recogerlos en la soledad con ellos mismos, y con su Criador y Señor.

Los efectos maravillosos obrados en las almas por los métodos de retiro ignaciano no se han de atribuir únicamente a la sólida trabazón lógica, a la fina psicología, a la experiencia del corazón humano o a la sabiduría práctica del fundador de la Compañía. Son efectos sobrenaturales. En el retiro o soledad "se acerca uno más a su Creador y Señor y se prepara mejor para recibir los sus dones" (Anotación 20).

Maestro verdadero y maestro de la verdad

MAS precisamente por eso merece San Ignacio el nombre de maestro, porque sabe conducir las almas a la escuela del único Maestro, y logra que El directamente doctrine, enseñe y mueva internamente a los hombres.

Si por maestro hemos de entender al intérprete de la vida, al que nos muestra el valor eterno de las cosas, conductor de los individuos a través de este valle de lágrimas y ordenador en lo fundamental de la vida de los pueblos, el nombre de maestro no puede prodigarse. Porque maestro, así entendido, en absoluto, no hay más que uno. "No se puede poner otro fundamento que el que ya puso Jesucristo" (I Cor. 3, 11). Sólo merecen, pues, el nombre de maestro los auténticos discípulos de este Maestro único y, sobre todos, los que han recibido de Dios la misión de comunicar la doctrina y el espíritu del Divino Maestro.

Jesucristo fué celoso de su título de único Maestro: "No os hagáis llamar Rabbi, porque uno solo es vuestro Maestro" (Mat. 23, 8).

San Pablo expresó estas ideas con la comparación de la piedra angular. Sobre ella estamos edificados todos, "piedras vivas" del templo del Señor. Edificados sobre los profetas y los apóstoles "en la misma piedra angular, que es Cristo" (Efesios 2, 19-20).

Por los apóstoles, los padres, los grandes doctores, los santos, subimos todos a Cristo. Todos son maestros, pero maestros por participación. Son maestros porque son discípulos del único Maestro fidelísimo a su doctrina. Y en este sentido San Ignacio merece plenamente el nombre de Maestro.

Un magisterio que urge en España: formar la conciencia social de los católicos

HAY un magisterio que con especial necesidad y urgencia espera la sociedad española de los hijos de San Ignacio y, en general, de todos los educadores de nuestra niñez y nuestra juventud; sobre todo, de los que educan a las clases directoras de la sociedad: el de la formación de la conciencia social de los españoles. La formación moral en lo que afecta a los deberes para con el prójimo y para con el bien común.

Cierto estoy moralmente de que si San Ignacio viviera, os lo pediría de manera apremiante.

En manera alguna querría poner una nota triste en esta página de gozo, que tan de corazón he escrito. Quiero sólo alentar a los educadores, dentro del más fiel espíritu ignaciano, a una de las tareas más evangélicas que pueden hoy realizarse en España.

Hay en la conciencia española un fallo

"BIEN COMUN" Y "MUNDO MEJOR"

Dos colecciones imprescindibles en la biblioteca de todo propagandista

tremendo. El pecado es general y la culpa nos alcanza a todos. Nadie puede excusar la parte de responsabilidad que le toca, y por lo que respecta a esta diócesis, yo menos que los demás.

Paréceme que los que se dedican a descubrir los defectos del catolicismo español andan a menudo desorientados. No digo que sea nuestro único defecto; pero el más grave de todos, sin comparación posible, es que hemos creado un tipo de cristiano pobrísimos en virtudes sociales. Casi puede afirmarse que zonas muy extensas de nuestra sociedad practican de manera deficientísima la caridad y hasta carecen del verdadero sentido de la justicia.

La falta de justicia y, en gran parte, de misericordia mantiene un sistema de reparto de la riqueza nacional que acumula en una minoría la mayoría de la renta y mantiene una multitud innumerable en la pobreza. Acentúa la gravedad del mal el hecho de que no se repara en medios para enriquecerse y de que los poderosos, poco atentos en conjunto a los dictados de la caridad, forman el cuadro para defenderse de las obligaciones sociales.

Nuestras clases altas parecen atravesar un período de aguda inconsciencia colectiva. No se dan cuenta del escándalo diario que ofrecen a la nación. No tienen idea, ni remota, del ambiente que su insensata conducta fomenta en las fábricas, los campos, la universidad y los medios profesionales.

Muy difícil es lograr una organización política estable cuando las clases altas desertan colectivamente de sus primeros deberes sociales.

Gran tarea de todos los educadores es llevar a las cumbres de la sociedad española un sentido más cristiano de la vida: el espíritu, precisamente, de caridad evangélica que impregnó el alma de San Ignacio de Loyola, y que el santo nos ha legado en el ejemplo de su vida heroica y en las páginas de sus fecundos escritos.

Recapitulación

QUIERA el Señor concedernos, por intervención del glorioso patriarca, entender el lenguaje divino de las criaturas; usar de ellas para mayor gloria de Dios; vencer nuestra concupiscencia y apartarnos del espíritu del mundo; ordenarnos sabiamente en el "ministerio de la limosna"; seguir con generosidad el llamamiento divino; retirarnos periódicamente del tráfico del mundo y de los negocios, para conocer la voz de Dios y merecer los dones de "la su divina bondad", en la soledad y en el silencio; desvivirnos por el necesitado y por las necesidades del pueblo.

Quiera el Señor, sobre todo, que Málaga entera oiga la voz del Rey Eternal, que nos habla a diario por su Vicario en la tierra, y nos dice por escrito, y por alocuciones directas, y por las ondas que su voluntad es conducir este mundo, amenazado de un catastrófico universal, a los campos de la tranquilidad y del opulento reposo; lograr la paz entre las naciones; restaurar el orden interno de los pueblos, basándolo en una organización justa y perfeccionada por la mutua caridad fraterna; ganar para Cristo todas las almas.

Que sean muchos, en fin, los que, haciendo "oblaciones de mayor estima y momento, ofrezcan su persona y su voluntad, determinada y eficaz, sin querer para sí más tesoro que todo dolor, "todo oprobio y toda pobreza" por amor de Jesucristo crucificado.

Málaga, 12 de enero de 1956.—A. Angel, Obispo de Málaga.

Cuarto centenario de la muerte de San Ignacio (*)

EL 31 de julio de 1556... murió San Ignacio de Loyola. El hecho, ocurrido en Roma de seis a seis y media de la mañana, "antes de dos horas de sol", que dice el padre Polanco en carta a Rivadeneira (1), fijó en el calendario cristiano una fecha tan gloriosa, que hoy, a cuatro siglos de distancia—como si hubiera sido ayer—, nuestra santa madre la Iglesia, gozosa y alborozada, viene a conmemorarla con solemnidad extraordinaria en todo el mundo.

Pasaron ya cuatro siglos, y... por singular concesión de la Santa Sede, el año de gracia en que vivimos es... año jubilar ignaciano, con favores y privilegios de auténtico año santo para todos los católicos y en especial para nosotros, los españoles, que—amorosa providencia del Señor—contamos en nuestra geografía con el lugar santo de Loyola.

¡1556-1956!... En el pentagrama jubilar ignaciano—peregrinaciones, himnos y plegarias—no podía faltar la voz de la Rioja. ¡Y no faltará! Nuestra diócesis de Calahorra y La Calzada, tan estrechamente unida a la persona y a la obra de Inigo de Loyola—Nájera, Navarrete, Logroño—, quiere sumarse, y desde ahora se suma con alborozo santo y de todo corazón—nobleza obliga—, al merecido homenaje que la Iglesia rinde ahora, sin contornos ni de espacio ni de tiempo, al gran santo español, fundador y capitán de la Compañía.

Y porque no puede faltar la voz de la Rioja y queremos dejar constancia firme de nuestra presencia activa en este año jubilar, como primer adelantado de la diócesis—algo de eso implica el término "episcopus", Obispo—, creyendo interpretar con ello el sentir unánime de todos vosotros, mis queridos hijos, nos ha parecido oportuno escribiros esta nuestra carta pastoral, para, recordándoos algo tan solo de lo mucho que pudiera decir, ver de enervarizarnos más y más en el amor y devoción a San Ignacio y a la vez programar, al menos en principio, la participación diocesana en el homenaje a nuestro santo.

Ambiente histórico

DIFÍCILES y azarosos fueron para la Iglesia los días en que el Señor suscitó, y precisamente en España, la figura de San Ignacio. Valen por todas las palabras del Pontífice: "Difícilísimos fueron, sin duda—dice el Papa Pío XII—, los tiempos en que le tocó vivir a vuestro padre y legislador. De una parte, el ansia ardiente de imitar a los modelos de la cultura pagana de tal modo se apoderaba de los espíritus, que, a menudo, los preceptos cristianos eran mirados con hastío y como cosa de poco momento, o bien, acomodándolos al criterio de la razón humana, eran totalmente corrompidos y adulterados; por ello que las costumbres de muchos, aun las de aquellos que debían servir de ejemplo a los demás, se encontraban en un cierto estado de relajamiento, llegando, por desgracia, a desembocar no pocas veces en la degradación más espantosa. Nada extraño, pues, que al desencadenarse en los países del norte la tempestad de los protestantes, pareciera que venía a deshacer y quebrantar los fundamentos mismos de la Iglesia. Y nada de extraño que, al romper con la obediencia a la autoridad eclesiástica y aun al mismo Romano Pontífice, tantos pueblos y naciones, desgajados de la unidad católica, se dispersaran infelizmente por caminos des-carrados.

(*) Carta pastoral del excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de Calahorra y La Calzada, doctor don Abilio del Campo.

(1) Astrain: "Historia de la Compañía de Jesús", tomo I, c. 21, págs. 639-640.

De otro lado, mientras estas perturbaciones de las almas y de las naciones tenían en sobresalto el ánimo de todos los buenos y parecían debilitar las fuerzas y energías de los sagrados ministros, se abrió ante ellos un nuevo y extenso campo de apostolado. Descubiertas nuevas tierras en Oriente y Occidente, surgieron de improviso innumerables pueblos y naciones que hambreadaban la verdad divina enseñada por Jesucristo y el don divino de la gracia" (2).

Difíciles y azarosos momentos aquellos, realmente críticos, de los siglos XV y XVI. Pero el Señor no había abandonado a su Iglesia. Una vez más cumplíese a la letra, como no podía menos, la consoladora promesa de Jesús: "... y Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos" (3). Porque fué precisamente aquél—paradoja a lo divino—un siglo de exuberante florecimiento de la vida cristiana. Una pléyade de santos—y no fué España tierra estéril—surgió entonces, al soplo del Espíritu Santo, para reavivar el fuego, ya mortecino, en el corazón de tantos hijos viejos y, despertando a los dormidos, contribuir con nuevas fuerzas al desarrollo vital de la misión evangelizadora de la Iglesia.

Y... "entre este número de santos varones que "difieren en claridad como una estrella de otra estrella" (4), ocupa un lugar eminentísimo Ignacio de Loyola" (5). Son palabras de Pío XIII, quien, recordando lo dicho por su augusto predecesor, de feliz recordación, continúa escribiendo: "La Historia atestigua que con la oportunísima ayuda prestada por San Ignacio empezó a respirar libremente el orbe católico.

Difícil tarea resulta enumerar lo que hizo por la gloria de Dios la Compañía de Jesús, fundada y dirigida por San Ignacio. Sus celosos compañeros vencieron la contumacia de los herejes, trabajaron en todas partes por la enmienda de las costumbres corrompidas, restituyeron a su primitivo vigor la relajada disciplina de los clérigos, llevaron a muchos hasta la cumbre de la perfección, se consagraron no pocos a formar la juventud en piedad y buenas costumbres, con la firme esperanza de un futuro resurgir cristiano, y colaboraron grandemente en la obra de convertir a los infieles a la fe, propagando así con nuevas conquistas el imperio de Jesucristo" (6).

Cabe, pues, decir, amadísimos hijos, que la Compañía de Jesús, y en ella y con ella su santo fundador, ha estado presente, ya desde sus comienzos, en toda la historia viva de la Iglesia. Así lo reconoce y proclama la santidad venerable de Pío XII en la carta al Preósito general de la Compañía que acabamos de citar. "Por todo cual—escribe el Papa—no sólo cabe afirmar que el mismo Dios puso enfrente de los nuevos errores de entonces a Ignacio y a la Compañía por él fundada, como en otras épocas lo hizo con otros santos, sino que podemos también decir que los descendientes de vuestro santo fundador se han opuesto siempre con ánimo invicto a los diversos errores que han ido surgiendo en el decurso de estos cuatro siglos; que han prestado valiosa ayuda en las sucesivas necesidades de la Iglesia y han producido frutos saludabilísimos de todo género" (7).

(2) Pío XII: Carta apostólica al General de la Compañía en el cuarto centenario de la fundación. "A. A. S.", XXXII (1940), págs. 289 ss.

(3) San Mateo, 28, 20.

(4) Cfr. I Cor., XV, 41.

(5) Pío XII: *ibid.*

(6) Pío XII: *ibid.*

(7) Pío XII: *ibid.*

No es posible decir más en alabanza y estima de la obra llevada a cabo por la Compañía—que por ser palabras del Papa son la máxima de autoridad—ni cabe mayor encomio de su fundador, San Ignacio de Loyola, paladín providencial de la llamada "Contrarreforma" y auxiliar poderosísimo—primero entre los primeros—en la difusión y defensa de la fe por todo el mundo.

El hombre

NO pretendemos hacer aquí un estudio acabado sobre la personalidad humana de San Ignacio. Ni tenemos cualidades para ello—lo reconocemos paladinamente—ni, a nuestro juicio, le iría bien a una carta pastoral como la nuestra. Tampoco lo esperaréis así vosotros. Nos limitaremos a apuntar, siempre a la ligera, algunos de los rasgos más característicos que, paso a paso, hemos ido recogiendo en el campo profusamente cultivado de la literatura ignaciana. Os daremos, amadísimos hijos, un hacecillo de espigas entresacadas, con verdadero amor, de las doradas gavillas que otros, verdaderos especialistas, ataron cuidadosamente.

Vaya por delante esta afirmación primera: Ignacio de Loyola fué un hombre ciertamente extraordinario. Lo fueron todos los santos. Si juzgamos de la causa por sus efectos, y del árbol por sus frutos, y del hombre por su vida, analizando la de Ignacio vendremos fácilmente a entrever y valorar la... rara personalidad humana—la gracia no destruye la naturaleza—de nuestro santo. Si las obras son el molde en que se vacía y trasvasa la personalidad del autor, la manera de ser de Ignacio, su carácter, su personalidad, su... "yo, quedaron para siempre vaciados en la... mascarilla espiritual de su obra. Y, sin duda alguna, su mejor retrato psicológico. Murió, y..., sin embargo—extraña vivencia de los santos—, en ella y por ella, en su obra, vive aún hoy presente a nuestro lado. Y precisamente por eso, porque el Señor, en su providencia amorosa, tuvo tan altos destinos sobre Ignacio; porque quiso prepararle para tan alta obra, cuidó de enriquecerle con extraordinarias cualidades y dotes aun naturales.

Un especialista en métodos de investigación psicográfica ha escrito, en nuestros días, que Ignacio... "pertenece a esa clase de figuras humanas que llamamos geniales, o heroicas, cuya talla desborda toda medida, sean en una o en otra latitud humana. Por su riqueza de dimensiones es inabarcable en conceptos sumarios. Sobre todo porque su unidad, compacta, sí, y armónica, es multiforme; compleja, aunque no complicada; unidad de contrastes" (8).

Unidad y complejidad; multiformidad y armonía; unidad y contrastes: polivalencia. Así es Ignacio. Coinciden en él la actividad extravertida—abierto siempre al ambiente—y su acusada afición al mundo interior y a la intimidad introspectiva. Por impulso nativo, pudiéramos decir... vocacional, muévase a intervenir en el mundo-ambiente—le interesan los hombres, la naturaleza, los acontecimientos—y gusta a la vez de encontrarse consigo mismo a través de las emociones de su conciencia psicológica, de cuyas experiencias afectivas sacará él luego valiosas normas directivas para su magisterio ascético. Las luminosas reglas de espíritu que, por suerte, nos dejara en el Libro de los Ejercicios, revelan, porque él así lo ha revelado, un caso curioso de feliz introspección. "Las normas de las elecciones—se lee en la auto-

(8) M. de Iriarte, S. J.: "Figura y carácter de Ignacio de Loyola". "Fuerza y Fe", tomo 130 (1944), pág. 87.

biografía—especialmente las dedujo de aquella variedad de espíritu y sentimientos que le agitaron en Loyola durante su enfermedad" (9).

Queremos insistir sobre este punto, porque, a nuestro entender, es sumamente interesante para juzgar de la personalidad de San Ignacio y poder seguir de cerca la vena de oro que se esconde en el Libro de los Ejercicios, compendio inigualable de pedagogía ascética.

En las palabras que acabamos de citar alude claramente Ignacio a los "espíritus y sentimientos" que le agitaron en Loyola, cuando, repuesto en parte de su dolencia, y luego que "el Señor le fué dando salud", pasaba las horas leyendo ora "libros mundanos y falsos, que suelen llamar de caballerías"—novelas, diríamos nosotros—, ora "La Vita Christi", un libro de vida de los santos en romance".

Sucedíale entonces—nos cuenta él mismo—"que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando, después de cansado, lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalén descalzo, y en no comer sino hierbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos, no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dejado quedaba contento y alegre. Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse desta diversidad, y a hacer reflexión sobre ella, cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio y el otro de Dios" (10).

Esta fina observación psicológica, tantas veces valorada en el Libro de los Ejercicios, nos introduce como de la mano en otro aspecto, por demás interesante, de la personalidad humana de Inigo de Loyola: su **afectividad**.

No ignoramos que para muchos Ignacio es... duro y rugoso, áspero y seco, frío y desabrido, calculador y... maquiavélico; hombre de razón, que no de voluntad; de discurso, que no de corazón; intelectualista y nada afectivo. ¿Será verdad?... ¿Cómo es Ignacio?

No podemos proceder "a priori". De creer—y por qué no?—a los testigos que le vieron y trataron muy de cerca—Cámara, Rivadeneira y Juan Pascual—, Ignacio, en su juventud, el Ignacio **hombre**, era de afectos y pasiones muy vivos. En sus escritos se leen frases como éstas: "Cálido de complexión y muy colérico; brioso y de gran ánimo; osado y ardiente; ambicioso de honras; amigo de galas; aficionado al juego; muy susceptible a puntos de honor; fácil a la pendencia y a la ira y fácil a la reconciliación" (11).

Y... ¿luego? La conversión no negó su natural; lo sublimó y santificó, mudándole el ideal, al subjetivarse en él—como en todos los santos—el don divino de la gracia. Basta leer sus escritos. Ya en la segunda de las "Anotaciones para tomar alguna inteligencia en los ejercicios espirituales" advierte a quien ha de practicarlos que "no el mucho saber harta y satisface al ánima, más el sentir y gustar de las cosas internamente" (12).

Y cómo las sintió y gustó Ignacio de Loyola!... La Autobiografía es el relato fiel de las múltiples y variadas ondulaciones afectivas que inundaron su alma: **lágrimas y consolación, alegrías y sollozos, consuelos y tribulaciones**. Pero donde más claramente se nos revela su personalidad afectiva es en el "Diario Espiritual". No hay página en él que no esté impregnada de la más tierna y sublime emotividad. Citamos, al azar, el siguiente fragmento: "Saliendo a la misa, al preparar del altar, al vestir y al

comenzar de la misa, asaz con lágrimas, en la misa muy intensamente, con mucha abundancia dellas, y a perder la habla muy muchas veces, mayormente por toda la epístola larga de San Pablo... y no sintiendo inteligencias ni distinciones o sentimientos de personas algunas, con un amor intensísimo, calor y sabor grande a las cosas divinas, con muy crecida satisfacción de ánima" (13). ¿Afectivo San Ignacio? Sí... "Hubieron de dispensarle del rezo del oficio divino y aun prohibirle médicamente el pensar en la vida celeste, porque el llanto beatífico en que se anegaban sus ojos los amenazaba de inminente ceguera" (14).

¿Cómo es Ignacio?... Si sus aptitudes intelectuales son medianas para la especulación y el estudio—fruto, tal vez, de su primera educación ambiental—, su inteligencia práctica es a todas luces extraordinaria. De ella deriva su apenas igualada comprensión del momento histórico y su admirable capacidad organizadora.

¿Cómo es Ignacio?... Maravilloso conocedor de los valores humanos, en la conquista de las voluntades maneja a maravilla los más variados recursos psicológicos: **entrar por la puerta del otro para...** Dotado de rara intuición nativa para captar y sorprender el valor esencial del individuo y las particularidades de su carácter, es el hombre realista que se adapta, sin ceder, a tiempos y circunstancias. Flexible en la aplicación concreta y menuda, inflexible en llevar adelante la decisión bien pensada. Suave y delicado en modos y procedimientos; firme y decidido en mantener el propósito inicial.

En lo humano... así era Ignacio.

El santo

SI fueron grandes y extraordinarias las dotes naturales que armónicamente integraron la personalidad humana del Capitán de Loyola, nada o muy poco valen todas ellas comparadas con el tesoro de maravillas que la Gracia comenzó a derramar en el alma ciertamente privilegiada del herido de Pamplona y ya desde los días de convalecencia en la casa-torre de Loyola. Conocéis sobradamente la historia y no tenemos por qué recordárosla hoy aquí. A pesar de todo, os exhortamos encarecidamente a que, aprovechando la favorable coyuntura del año centenario, os asoméis a sus escritos—hoy ya al alcance de todos—y veáis de sorprender, a la luz de la fe, el secreto de su alma.

No vale aquí discurrir por cuenta propia. Necesitamos un... práctico, y ninguno tan fiel, tan experto y autorizado como el propio protagonista. Leed sus obras. Hecho a encontrarse consigo mismo, con fidelidad de novicio, el mismo Ignacio nos irá descubriendo, en la ingenuidad y sencillez de su rudo y torpe estilo castellano, los callados misterios de su propia vida.

No es posible seguir de cerca y paso a paso los caminos ascéticos de San Ignacio, ni es fácil enumerar los extraordinarios y en parte insólitos favores místicos con que el Señor le regalara. Sería preciso transcribir y concretar, sin prisas y con despaico, las apretadas páginas de sus escritos. Ni disponemos de tiempo para ello ni un estudio de ese género cabría, de querer hacerlo, en los estrechos límites de una carta pastoral. Lo dejamos a vuestro interés personal y lo brindamos a vuestro estudio. Leed las obras de San Ignacio. Os serán tan provechosas...

Con todo, no resistimos a la tentación—es tan gustoso ceder a ella—de tomar y transcribir la página de la Autobiografía en que el santo nos refiere aquella **eximia ilustración** que el Señor le concedió en la ciudad de Manresa. Ella sola vale por el mejor de los panegíricos. "Una vez iba por su devoción—habla en tercera persona—a una iglesia que estaba poco más de una milla de Manresa, que

creo yo que se llama San Pablo y el camino va junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento, y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en una, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola" (15).

Aparte de este relato autobiográfico, poseemos otro documento suyo, salvado providencialmente de entre un fajo de apuntes espirituales que, a lo que parece, debió destruir. Por fortuna para nosotros, se conservan unas páginas del "Diario Espiritual", en el que día a día, mientras estaba en Roma entregado al gobierno de la Compañía, anotaba cuidadosamente los distintos movimientos de la gracia. A vista de tan preciado documento personal, podemos ya concluir que San Ignacio puede y debe ser contado —y con toda razón—entre los místicos más extraordinarios que han existido en la Iglesia y que, en vuelo de la gracia —otra vez el encuentro consigo mismo—, escaló personalmente los más altos grados de unión mística que nos son conocidos.

El padre Larrañaga ha recopilado así los dones infusos de que habla San Ignacio en sus escritos: "Lágrimas, gozo y reposo espiritual; consolación intensa; elevación de mente; impresiones e iluminaciones divinas; intensión de fe, esperanza y caridad; gustos y sentidos espirituales; inteligencias y visitaciones espirituales; mociones intensas; visiones; loquela interna y externa; acatamiento reverencial; réplicas espirituales; tocamientos; recuerdos; ilucidación del entendimiento por la virtud divina; inflamación en amor; consolación sin causa precedente; devoción crecida y amor intenso; leticia interna que llama y atrae a las cosas celestiales; quietud y pacificación del alma en su Criador y Señor; internas noticias y divinas inspiraciones" (16).

Llegados a este punto no podemos menos de transcribimos aquí lo que anota Ignacio el día 25 de febrero de 1545, cuando tanto le preocupaban las constituciones que determinan las características de la pobreza en la Compañía. Para mejor entender el texto—difícil en su estilo duro y recortado—conviene notar que el santo solía hacer primeramente la oración de la mañana en su propia cámara, y no pocas veces, por sus enfermedades, aun antes de levantarse. Iba luego a la capilla adyacente, en la que hacía oración especial para prepararse a la santa misa; preparaba cuidadosamente el altar y cuanto concernía a su servicio—el misal lo había preparado ya la tarde anterior—, y a seguido celebraba la santa misa al modo romano y en voz tan alta que aun en una gran iglesia pudiera oírsele bien. El día 23 de febrero, sábado, celebró misa de la Santísima Trinidad, y... he aquí lo que anotó en su "Diario": "En la oración solita, al principio no hallando, de la mitad adelante con asaz devoción y satisfacción de ánima, con alguna muestra de claridad lúcida. Al preparar del altar, viniendo en pensamiento Jesú, un moverme a seguirle, pareciéndome internamente, seyendo (siendo) él la cabeza—o caudillo—de la Compañía, ser mayor argumento para ir en toda pobreza, que todas las otras razones humanas, aunque me parecía que todas las otras razones pasadas en elección militaban a lo mismo, y este pensamiento me movía a devoción y a

(9) "Autobiografía", cap. XI, núm. 99. Obras completas (B. A. C.), pág. 109.

(10) "Autobiografía", cap. I, núms. 5-9. Obras completas (B. A. C.), págs. 34-35.

(11) Cfr. Iriarte, "Razón y Fe", tomo 129 (1944), pág. 606.

(12) "Libro de los Ejercicios", annot. 2.ª

(13) "Diario Espiritual". Obras completas (B. A. C.), pág. 293, núm. 16.

(14) Iriarte, "Razón y Fe", tomo 129 (1944), pág. 614.

(15) "Diario Espiritual". Obras completas (B. A. C.), pág. 109, nota 89.

(16) "Diario Espiritual". Obras completas (B. A. C.), pág. 109, nota 89.

El humanismo de San Ignacio de Loyola (*)

SEA para gloria del santo o no lo sea, lo cierto es que la imagen de San Ignacio plasmada en la Historia es fundamentalmente barroca. También su obra, la Compañía, está clasificada dentro del barroquismo. Y todo lo barroco, a fuerza de peso de gloria y grandiosidad, va sellado con la marca de lo estático, de lo ya hecho, de lo maduro. La juventud nunca es barroca. Es paradójicamente clásica, potencial. El fundamento de lo barroco en San Ignacio es su vida mística. Cuando se quiere expresar artísticamente el fenómeno místico, es decir, la vida actual de unión divina ya glorificada, casi nos sentimos necesitados de acudir al barroco lenguaje de la posesión estática y segura de su eternidad de lo divino.

Pero San Ignacio tiene otros aspectos. Para nuestra actual existencia, tan combatida, diríamos—extremando un poco la alusión a lo artístico—que nos interesa un San Ignacio más romántico, más militante, más cotidiano. Un San Ignacio que se encuentra con instituciones sociales, culturales o religiosas, como nos las encontramos nosotros, en una época histórica ineludible. San Ignacio adopta una postura activa. No es el mero dejarse empapar del catolicismo tradicional o del humanismo: es el enfrentarse con ellos, el militar, el engendrar una refracción en su alrededor; más aún, el alcanzar un grado superior en la valoración del hombre desde el

lágrimas, y a una firmeza que, aunque no hallase lágrimas en misa o en misas, etcétera, me parecía que este sentimiento era bastante, en tiempo de tentaciones o tribulaciones, para estar firme. Con estos pensamientos andando y vistiendo, creciendo en cremento, y pareciendo una confirmación, aunque no recibiese consolaciones sobre esto, y pareciéndome en alguna manera ser obra de la Santísima Trinidad el mostrarse o el sentirse de Jesús, viniendo en memoria cuando el Padre me puso con el Hijo. Al fin del vestir, con esta intención de imprimírseme tanto el nombre de Jesús, y tanto esforzado o parecer ser confirmado para adelante, venía en nueva fuerza de lágrimas y sollozos, comenzando la misa asistente mucha gracia y devoción y con lágrimas quietas y a la larga, y aun acabada durándome una devoción grande y mociones a lágrimas hasta el desnudar. En el tiempo de ella sintiendo diversos sentimientos a confirmación de lo dicho, y al tener el Santísimo Sacramento en las manos, veniéndome un hablar y un mover intenso de dentro, de nunca le dejar por todo el cielo o mundo o etc., sintiendo nuevas mociones, devoción y gozo espiritual" (17).

Hasta aquí el "Diario Espiritual". Y hemos querido citaros estas líneas, aun a sabiendas de que no son las más ricas en fenómenos místicos, porque en ellas se nos revela bien a las claras el doble aspecto, trinitario y cristocéntrico, tan característico de la espiritualidad ignaciana. San Ignacio es el santo que se entrega totalmente a Jesús, a su sagrada Persona, a su sagrada doctrina, a sus sagrados ejemplos, a su sagrada misión, a su Iglesia santa, y... su obra, la Compañía—que es de Jesús y no de Ignacio—, está consagrada a procurar la mayor gloria de Dios, en el mejor y más acendrado servicio de Jesús, su Cabeza y su Caudillo. En Ignacio de Loyola todo va orientado... por Jesús al Padre en unidad con el Espíritu Santo, trinitario y cristocéntrico. Este fué, en lo espiritual, San Ignacio de Loyola.

punto de vista humanístico. De esto precisamente vamos a ocuparnos. Perfilaremos un San Ignacio que piensa con personalidad en el hombre. Y su personalidad consiste en tomar las aguas de más arriba de lo que hasta entonces se ha hecho. Derivando tenazmente en meditación a la ascesis de los hechos, intenta resolver problemas que si siempre han sido candentes por girar en torno al hombre, más lo eran entonces. Precisamente en una época en que el hombre pretende haberse encontrado a sí mismo con plena autonomía. Las ideas de Ignacio de Loyola serán objetivas, pero, sobre todo, mucho más integrales y profundas que las del humanismo culto renacentista. No todo se arregla con volver los ojos a los ideales de la antigüedad clásica...

* * *

ESTAMOS acostumbrados a unir la época del humanismo con la del advenimiento de la Compañía de Jesús. Se dice que las grandes figuras del humanismo preceden en edad a Íñigo de Loyola. Y es verdad. Por eso justamente puede éste enfrentarse con la corriente histórica ya abultada. Pero es un enfrentarse tan personal... El humanismo de San Ignacio no está fraguado en escuelas. Se fragua en la ascesis y en la vida suya personal. Por eso, aunque con visos de paradoja, su humanismo es más humano. El "hombre" con toda su complejidad ocupa el centro de ese sistema con más realidad y profundidad que en el humanismo pre-ignaciano. No se trata de volver los ojos a Grecia para encontrar en sus hombres los arquetipos de la naturaleza humana. El hombre griego está manco en muchas dimensiones interiores. Podrá quizá deslumbrar. Podrá ser utilizado como elemento de formación interna; pero el corazón del hombre ya para la época de San Ignacio ha experimentado demasiado y nota su propia complejidad. Quiere descubrir el substrato ínfimo de su ser, verse en función de la divinidad, del universo, de la naturaleza que le rodea más de cerca, en función de sus semejantes. Quiere comprender en sus elementos primarios, que son los fundamentales...

* * *

Y aquí tropezamos ya con San Ignacio. El "hombre" es tema constante en su escritos. Al abrir el libro de los Ejercicios, la primera palabra que nos sale al paso es "el hombre"... Y con hondura metafísica nos da de él los elementos simples que le constituyen: 1.º, es creado por Dios; 2.º, es fin y norma de las demás criaturas con subordinación a Dios.

San Ignacio, en el principio y fundamento de sus Ejercicios, nos ha descubierto, lleno de sencillez, el único fundamento verdadero de todo humanismo. Tiene algo nuevo de incalculable valor: la humildad propia de lo verdadero, sin pretensiones ni artificios. La verdadera grandeza del hombre pasa en San Ignacio del exterior al interior. No se pone en la luz de la expresión, sino en la abundancia interna de lo expresado. Devalora la belleza de formas limitadas para dejarse invadir por la vida divina, latente en cualquier parte de su ser.

Porque decimos que el humanismo de San Ignacio se basa en la humildad. Pero su grandeza es incomparable. Bastaría considerar al hombre como crea-

do para Dios para deducir de su fin su perfección personal. Pero no es eso sólo. Si San Ignacio comienza sus Ejercicios dándonos su concepción del hombre, lo acaba con otro análisis interno, también metafísico, que nos descubre una dimensión humana desconocida por completo fuera del humanismo cristiano. Para los griegos, todo lo que hay dentro del hombre es hombre, y nada más. Incluso muchísimo de lo que hay dentro de sus dioses es también hombre. El humanismo cristiano nos descubre a nosotros mismos en el núcleo central de nuestro yo un germen de eternidad, de inhabitación divina, frente al cual nos dejan fríos todos los atributos del humanismo pagano. San Ignacio nos descubre esta clave de la vida mística en la contemplación para alcanzar amor:

"El segundo, mirar cómo Dios habita en las criaturas: en los elementos, dando ser; en las plantas, vegetando; en los animales, sensando; en los hombres, dando entender; y así, "en mí", dándome ser, animando, sensando y haciéndome entender. Asimismo "haciendo templo de mí", seyendo criado a la similitud y imagen de su divina majestad."

Esta inhabitación—que quizá constituya esencialmente el núcleo del humanismo cristiano—lleva consigo, según San Ignacio, una participación real de la vida y riqueza divinas. Esto es casi incomprensible. Quizá se necesite toda la vida para caer en la cuenta de esta realidad, y quizá por eso San Ignacio quiere que el último pensamiento de la cuarta semana de Ejercicios, aquel que quede resonando en el alma al salir del cenáculo, aquel que marque definitivamente en nuestro interior el nacimiento del "hombre nuevo", sea precisamente éste: "Mira—dice—cómo todos los bienes y dones descienden de arriba, así como la mí medida potencia de la summa y infinita de arriba, y así justicia, bondad, piedad, misericordia, etc., así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas."

Participamos de la vida de Dios. Esa es nuestra grandeza de hombres. De estos hontanares de perfección—desconocidos por completo en el humanismo grecorrenacentista—pueden ya derivarse las perfecciones particulares que enriquecen nuestra personalidad. Así, por ejemplo, las cualidades intelectuales, la comprensión profunda de los valores estéticos, el amor por las cosas humanas, la vida afectiva, etc. El hombre interior se nos ilumina con una luz nueva, al par que crece en profundidad maravillosamente.

* * *

ES hora de examinar el papel que San Ignacio reserva al humanismo clásico. Porque ni le desprecia ni le abandona. Sencillamente, hace de él un instrumento de formación para el hombre nuevo integral. En este punto la doctrina que da a sus hijos, los jóvenes jesuitas, puede servir también como orientación al católico seglar. San Ignacio insiste en la necesidad de adquirir esa "humanitas" que nos facilite el apostolado con nuestros semejantes. Ella nos da, en primer lugar, un vehículo apto tanto para la expresión hablada como escrita... Pero no es eso sólo, sino que cultiva nuestras formas sociales, afina el gusto por lo humano, nos abre a la verdadera comprensión. Cree San

(*) Artículo publicado en la revista "Persevera".

(17) "Diario Espiritual". Obras completas (B. A. C.), págs. 298-299.

Ignacio que una buena expresión y un método claro adquiridos con esa "humanitas" valen quizá más que el fárrago indigesto de conocimientos filosóficos y teológicos, que taponarían sin remedio nuestro camino al apostolado.

El empleo de estas humanidades clásicas como elemento formativo ha de ser considerado necesariamente en función del momento histórico de quien lo propugna. Quizá no tenga valor absoluto. Pero interesante es que, cuajado como está de paganismo, San Ignacio utiliza ese humanismo con las debidas reservas, por creerlo necesario para el desarrollo equilibrado de las facultades. También desde este punto de vista el hombre ocupa el centro del pensamiento ignaciano, hasta tal punto que el mismo humanismo culto gira en torno de él y le sirve.

También la práctica nos demuestra hasta qué punto San Ignacio de Loyola valoraba en los sujetos esta "humanitas" compleja. Por citar un ejemplo, no admitió a la Compañía a dos sujetos porque "aunque el uno era licenciado en cánones y el otro aprovechado en cosas espirituales, ni lo del entendimiento sin las partes del afecto ni lo del afecto sin las del entendimiento, ni las unas ni las otras sin las del cuerpo y exteriores, se tienen por bastantes para esta Compañía". Esta es la idea de perfección humana—más o menos ingénita—que el fundador de la Compañía quería para sus hijos. Es algo indivisible, integral, pero que marca el sentido de todas las acciones y modo de ser del individuo. Es sencillamente el substrato humano de nuestra personalidad, que no siempre se valora proporcionalmente al talento, a la memoria, a la facilidad de hablar, ni siquiera al buen estilo literario. Y es justamente lo que más apreciaba San Ignacio en el hombre.

* * *

ME va a permitir el lector un finai con paradoja. Hemos creído iluminar un posible adelanto en la valoración del hombre por Ignacio de Loyola, respecto a la valoración del humanismo renacentista. El cúmulo de cualidades requeridas, el fijar su posición respecto a las criaturas y respecto a Dios, el hacerle vivir una vida divina, hacen del hombre algo poco menos que adorable. En realidad, San Ignacio lo estima así. Por algo el hombre es su preocupación fundamental en los Ejercicios... y también en su plan apostólico y pedagógico, temas que nos es imposible tratar aquí.

Pero, a modo de punto de meditación, para que cada uno pueda hacerse una síntesis objetiva y real de lo que San Ignacio piensa del hombre, sin deformaciones que serían ya menos humanas, quiero copiar el punto tercero de una meditación de la primera semana. Es un contemplarse el hombre a sí mismo, a base de una necesaria objetivación:

"El tercero: mirar quién soy, disminuyéndome por ejemplos: primero, cuánto soy yo en comparación de todos los hombres; segundo, qué cosas son los hombres en comparación de todos los ángeles y santos del paraíso; tercero, mirar qué cosa es todo lo criado en comparación de Dios: pues yo sólo qué puedo ser; cuarto, mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea; quinto, mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpísima."

Es una pincelada dura. ¿Destruye toda la grandeza anterior? ¿Es, siquiera, antagónica con ella? No. Es que hablando del hombre y del humanismo, necesitamos una estampa cruda de la realidad. Es, quizá, el punto más innovador en el humanismo de San Ignacio y en el simplemente cristiano. No se puede uno imaginar a un Erasmo o a un Vives hablando de esa manera.

SAN IGNACIO Y LA PERFECCION PROFESIONAL (*)

CREO imprescindible imponer tres limitaciones, por lo menos, a esta conferencia:

— me voy a referir no a la perfección técnica, sino a la perfección espiritual, que es la madurez en la caridad por el ejercicio de la propia profesión;

— deliberadamente no voy a referirme en mi conferencia a la profesión religiosa o sacerdotal, para limitarme a hablar de las profesiones seculares;

— no voy a estudiar el tema en general, sino que voy a circunscribirme a tratarlo en el pensamiento de San Ignacio.

Y con estas tres reflexiones previas, abordamos el tema, que para mayor claridad vamos a dividir en tres problemas:

1.—¿Trata San Ignacio en sus escritos de la perfección en el estado secolar?

PORQUE algunos juzgaron a San Ignacio como cazador astuto de vocaciones para la Compañía y sospecharon que no concebía otro modo de alcanzar la perfección que la vida religiosa.

Sin embargo, un estudio atento de la vida y del magisterio de San Ignacio nos debe hacer juzgar las cosas de otra manera:

a) San Ignacio tuvo una seria voluntad de ser santo aun antes de ver claro su camino de ser religioso. Lo cual prueba que algún tiempo tuvo la idea de ser santo en el mundo.

b) Cuando juntó en París sus primeros compañeros no trató de juntar con ellos una orden religiosa. Más aún: dudaron por mucho tiempo en reducirse a la forma común de la vida religiosa. Sus deliberaciones, conservadas actualmente en el primer volumen de "Monumenta Historica Societatis Iesu", sobre las Constituciones de la Compañía, prueban hasta qué punto tuvieron dificultad en resolver las dudas que se les ofrecían en contra. Temían, sobre todo, que la vida religiosa les fuese una traba y que no llegasen a reclutar sino gente mediocre.

c) Pero lo que refleja mejor sus pensamientos son los Ejercicios. En efecto: los Ejercicios van dirigidos a todos los cristianos, seculares, clérigos y religiosos. Suponen que es posible hallar la voluntad divina en cualquier estado. Ni es obstáculo que el Directorio autógrafo de los Ejercicios afirme que es preciso hallar más razones para seguir la vida de mandamientos que la de consejos. Porque supone claramente que la vida de consejos se debe observar también en el mundo. Y puede servirnos de confirmación el hecho de que algunos de sus ejercitantes y de sus más fieles hijos espirituales, como don Juan de Vega, virrey de Sicilia, el doctor Torres y Ascanio Colonna, permanecieron siempre seculares.

2.—¿Cómo concibe San Ignacio una espiritualidad secolar?

PARECE que para San Ignacio todos los hombres escuchan un llamamiento propio a la santidad, puesto que son

Pero precisamente por eso es más humano San Ignacio. Destaca la cualidad más conexas con la verdadera grandeza humana, esa cualidad que nos hace gigantes interiores sin falsas apariencias. Valuemos al tema del Principio y Fundamento: la humildad, que es paradójicamente la faceta más olvidada en otros sistemas humanísticos no iluminados por el cristianismo.

todos redimidos e invitados, por consiguiente, por Jesucristo a la gran aventura de la Redención.

La diferencia entre el secolar y el religioso no debe ponerse jamás entre la determinación de ser santo y la de no quererlo ser. Porque cualquier secolar que no quisiera aspirar a la santidad sería también digno "de ser tenido y vituperado por perverso caballero".

Lo que establece la distinción entre el secolar y el religioso, aparte de los votos que ligán a este último, no es la menor categoría espiritual de aquél, sino el que después de haberse planteado el problema de la elección de su estado de vida ha visto claramente, y sin ninguna afectación desordenada que influya en su determinación, que es ése su mejor modo de colaborar a la redención en sí mismo y en el mundo.

Su sentido de responsabilidad ante la Redención y su amor puro a Dios Nuestro Señor debiera ser idéntico que en el religioso, aunque Dios quiera para él otro camino.

3.—¿Cuáles son las características de la espiritualidad secolar en San Ignacio?

DESPUES de lo que acabamos de decir, no es difícil señalarlas. El religioso y el secolar empalman en una idéntica teoría de servicio.

Pero fijémonos en las siguientes características:

1) El secolar debe aceptar alegremente la voluntad de Dios en las circunstancias concretas de su vida; fundado en el principio de que todo lo creado le ayuda para su bien espiritual, debe emprender su trabajo y sus dificultades con gozo en el Señor.

2) El secolar debe abrazarse, como el religioso, con un sentido trascendental de pobreza, que es el fundamento indispensable de su actitud humilde ante Dios: dependencia absoluta, que le descubre en verdad el sentido de su humildad en la vida.

3) El secolar debe moverse siempre a impulsos de la caridad. Esto que es propio de todo cristiano, tiene en San Ignacio una consecuencia importantísima: la perfección técnica profesional. Porque lo que se hace por amor de Dios debe hacerse siempre del mejor modo posible. Sobre todo cuando se siente uno responsable de ser en la tierra imagen de Dios y gloria suya.

4) El secolar debe fomentar en sí el sentido social de su trabajo. Es una idea muy repetida, sobre todo en la correspondencia de San Ignacio, el hacer ver a sus dirigidos cómo los dones divinos son dados a las almas con vistas al bien del prójimo.

5) Finalmente, el secolar, no menos que el religioso, debe aspirar a los altísimos dones de Dios en la oración, con los que llega a madurar y desarrollarse en el alma la fe, la esperanza y la caridad. Véanse a este propósito no sólo las cartas a San Francisco de Borja, cuando era todavía duque de Gandía, sino las dirigidas al Obispo de Targa, en Portugal; a Felipe II y al Contador de Aragón, por no citar sino algunos ejemplos entre mil.

(*) Conferencia pronunciada por el padre Luis González, S. J., en la cátedra de San Pablo (Madrid), el día 4 de marzo de 1965.

NUEVOS SECRETARIOS

Gregorio Herminio Pinilla, nuevo secretario del Centro de Badajoz



Gregorio Herminio Pinilla Yubero. Nació el 24 de abril de 1912 en Gómara (Soria). Estudió Humanidades, Filosofía y dos cursos de Teología en el Seminario Conciliar de Madrid, de donde pasó a la Escuela de Periodismo de "El Debate" el año 1932, en la que obtuvo una beca. En 1933

ingresó en La Editorial Católica, S. A., donde ejerció los cargos de redactor de la agencia Logos y de "El Debate". A fines del mismo año fué trasladado al periódico "Hoy", de Badajoz, como redactor primeramente y luego como redactor secretario; en 1935 fué nombrado redactor jefe, y en 1952, director, cargo que en la actualidad ostenta. Durante la Cruzada fué corresponsal de guerra en el frente de Madrid, hasta que fué movilizado, pasando como combatiente primero a los frentes de Extremadura y luego al de Madrid. Ha desempeñado los cargos de delegado y secretario provincial de la antigua Vicesecretaría de Educación Popular (hoy Información y Turismo). Posee, además de las condecoraciones militares de la campaña, la cruz de oficial del Mérito Civil. Ha sido consejero nacional de Prensa en el año 1954. Fundador de la Rama de Hombres de Acción Católica, perteneció varios años al Consejo Diocesano de la misma. Era consejero regional de la A. C. N. de P. y fundador y profesor del C. E. D. E. U. Perteneció al Centro de Badajoz desde su creación en 1950.

Lorenzo Díaz-Prieto Cassola, nuevo secretario del Centro de Lérida



Nacido en Valencia en 1915. Perteneciente a la Comunión Tradicionalista desde 1932. Evadido de la zona roja, termina la guerra como alférez provisional de Infantería. Grado de licenciado en Medicina y Cirugía con premio extraordinario en 1939. Interno en la casa de salud

Valdecilla, Premio extraordinario del doctorado en 1942. Jefe de la clínica médica del Hospital Provincial de Lérida, tras oposiciones, en 1942. Actualmente, miembro de la Junta del Colegio Oficial de Médicos y presidente de la Asociación Médico Quirúrgica de Lérida.

EURAMERICA

con la colaboración de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y de Propaganda Popular Católica (P. P. C.)

ha iniciado la edición de la

"COLECCION MUNDO MEJOR"

"Es todo un mundo lo que hay que rehacer desde sus cimientos, el que es preciso transformar de selvático en humano, de humano en divino, es decir, según el corazón de Dios." La "Colección Mundo Mejor" tiende a producir "un potente despertar que obligue a todos, sin distinción de estado, clero y pueblo, autoridad, familias y asociaciones, a todas y cada una de las personas, a una renovación total de la vida cristiana".

La "Colección Mundo Mejor" intenta:

a) Renovar interiormente al lector, pero dándole conciencia de que su propia renovación será vana si no desemboca en un esfuerzo práctico por renovar, hasta donde llegue su radio de acción, el ambiente y vida que le rodea.

b) Precisar claramente las deficiencias y necesidades de nuestro mundo en relación con el tema objeto de cada volumen.

c) Proponer metas concretas a conseguir, lo que el cristiano debe hacer "con resolución digna de los momentos trascendentales de la historia humana, como aportación suya a la obra salvífica de Dios".

d) Hacer comprender al lector todos los medios y recursos con que, por encima de todo pesimismo, cuenta el cristiano para abordar la empresa.

e) Desplegar, ante la vista del lector, la visión a un tiempo ideal y realista de lo que será el mundo mejor cuando las metas concebidas se hayan alcanzado.

Una exposición amena y sugerente dentro de un clima de plena sumisión y amor a la Iglesia serán características de la "Colección Mundo Mejor".

Euramérica ha ofrecido la dirección y realización de este vasto proyecto a un conjunto de personas pertenecientes a diversas instituciones, seculares, religiosos y sacerdotes, cuya sola reacción muestra que la concepción de la empresa se ha llevado a cabo dentro del genuino espíritu del Movimiento para un Mundo Mejor. Todas ellas han aceptado y han preparado ocho series de volúmenes, cuyos títulos y autores se darán a conocer en fecha próxima. Las series y sus directores son:

Serie I.—"Hacia un Mundo Mejor", don Andrés A. Esteban Romero, don Francisco Guijarro Arrizabalaga.

Serie II.—"El frente de la verdad", don Miguel Benzo Mestre, don Antonio Montero.

Serie III.—"El frente de la Gracia", reverendo padre Luis González, S. J.; reverendo padre Eduardo Espert, S. J.

Serie IV.—"El frente de la Justicia", reverendo padre Carlos Soria, O. P.

Serie V.—"El frente de la Caridad", don Santos Beguiristáin, don Luis Muñoz de Miguel.

Serie VI.—"Apostolado seglar", reverendo padre César Vaca, O. S. A.; don Manuel Alonso García.

Serie VII.—"Pastoral", don Lambert de Echeverría, don Plácido Fernández.

Serie VIII.—"España, 1980", don José María Mohedano, don Jesús Miguel Hormaechea.

Se han publicado ya:

- 1.—"GRITO DE ALERTA", por don Andrés Avelino Esteban Romero.
- 2.—"CATOLICISMO DE FRONTERAS ADENTRO", por José María García Escudero.
- 3.—"PRESENCIA DE LOS CRISTIANOS", por Manuel Alonso García.

Pedidos y suscripciones a

"EURAMERICA"

LISTA, 55

MADRID

Tel. 36 21 86

(Se reciben suscripciones a la colección con el 10 por 100 de descuento y envío de los tomos a domicilio, libres de gastos)